

## MAQUILLAJE

Como cada mañana sonó el despertador, eran las siete de la mañana de un día soleado y caluroso del mes de julio, y comenzaba una nueva jornada para Larisa. Le costó levantarse la noche anterior no había sido una de las buenas, y se sentía cansada, agotada y... sin ganas de nada. Pero Marco y Ayleen, sus mellizos de tan solo dos años no tenían culpa, y debía llevarlos a la fiesta de cumpleaños en casa de sus padres como les había prometido. Consiguió levantarse de la cama, se dirigió al baño y fue incapaz de reconocer a esa mujer que la miraba desde el espejo. Recordó como era hacía tan solo tres años, ella era una mujer fuerte, capaz de enfrentarse a todo lo que se le ponía por delante, llena de vitalidad, arrojo, había conseguido terminar sus estudios como la segunda mejor de su profesión, tenía tanta ilusión por trabajar, siempre había querido investigar, ser esa persona que un día descubriese una cura para una enfermedad que a día de hoy era incurable, le encantaba estar entre líquidos, probetas, tubos de ensayo y matraces, pero todo aquello había pasado a un segundo plano el día que supo que se había quedado embarazada, algo que en un principio no le importó, sus hijos eran para ella lo mas importante, pero ahora... ahora pasaba la mayor parte del tiempo sola, encerraba en una casa, que mas que su hogar parecía su cárcel. La mayoría de los días ni tan siquiera salía para llevar o recoger a los niños al Centro Infantil, era Marc el que se ocupaba de ello. Necesitaba trabajar, salir de aquellas cuatro paredes, sentirse útil, importante, sentir que valía para algo mas que limpiar y sobre todo... para algo más que obedecer.

Se dio una ducha, se maquilló con mucho cuidado y se puso un pantalón y una camisa de manga larga abotonada hasta el cuello. Probablemente su hermano le preguntaría por su atuendo, en los últimos meses se pasaba el día pendiente de ella, preguntaba demasiado y eso no era bueno para ella.

No había oído ningún ruido en la casa desde que se había levantado de la cama por lo que imaginó que los pequeños seguirían durmiendo y Marc se había marchado a trabajar, no volvería hasta la hora de la cena por lo que tenía tiempo de sobra para ir a casa de sus padres y volver sin problema. Pero como cada día desde hacía ya demasiado tiempo las cosas no iban a ser lo que ella esperaba.

Se dirigió a la habitación de sus hijos, aún estaban dormidos, suerte que eran dos ángeles, y también dos marmotas a la hora de dormir y no se despertaban con el ruido, lo último que quería era que sus dos pequeños escuchasen lo que pasaba en su cuarto noche sí y noche también. Los despertó, los vistió y con una sonrisa dibujada en su rostro cada día cargado de mas maquillaje, bajó hasta la cocina para disfrutar del desayuno con sus hijos, esos momentos con ellos eran los que le permitían seguir hacia adelante y no abandonar.

Revisó el móvil, si Marc la llamaba y no cogía el teléfono tendría un nuevo motivo esa noche para descargar contra ella, no, no había ninguna llamada ni ningún mensaje, le resultó extraño, por norma general a esas horas ya debía haberle enviado de veinte a treinta mensajes para asegurarse donde estaba y que estaba haciendo, lo había escuchado decir que ese día tenía mucho que hacer en el trabajo y pensó que quizá no había tenido tiempo, algo que para ella era algo bueno.

En media hora estaba en casa de sus padres, Elias, su hermano no había dejado de observarla desde que habían llegado, Larisa había notado como su hermano buscaba un momento para hablar con ella a solas, pero ella no se lo iba a permitir, no quería mentirle, y contarle algo de lo

que pasaba en su casa no era buena idea. Sus hijos eran lo más importante para ella y no pensaba hacer nada que pudiese hacerles daño.

En un momento que se descuidó Elías pudo acercarse a ella y le preguntó como ella ya había imaginado por su atuendo, le explicó un montón de excusas que se había aprendido de memoria, desde problemas en la piel provocadas por el sol, hasta incluso la moda, pero... su hermano no la creyó y siguió preguntando hasta que Larisa decidió coger a sus hijos, sentarlos en sus sillitas en el coche y marcharse a casa. No quería seguir mintiendo, ya no tenía fuerzas para ello y además, se estaba haciendo tarde, no quería retrasarse, Marc podía llegar antes de tiempo y no encontrarlos en casa.

Llegó a la puerta de casa a las cinco y media de la tarde, estaba tranquila, había llegado con tiempo suficiente pues él no salía de trabajar como mínimo hasta las nueve por lo que tenía aún tiempo para jugar y disfrutar de sus hijos un ratito antes de preparar la cena, bañarlos y tenerlos dormidos antes que él llegase.

Nada más abrir la puerta, supo que algo estaba mal por lo que decidió darse la vuelta y volver a poner a los niños en sus sillitas dentro del coche, quizá no era la mejor idea, pero... no quería de ninguna manera que ellos pudieran presenciar algo que ningún hijo debía ver, eran pequeños, sí, pero hay cosas que uno guarda en la memoria sin ni siquiera darse cuenta y se convierten en algo que se enquistan y te come por dentro, ella no permitiría de ninguna manera que eso les ocurriese a Marco y Ayleen.

Una vez colocó a sus hijos en la silla del coche y les abrochó los cinturones para que no pudiesen moverse decidió entrar en la casa y ver si sus sospechas eran reales. Rezó, rezó como lo hacía últimamente cada noche por haberse equivocado, pero como tantas y tantas veces sus oraciones no sirvieron de nada y allí estaba Marc sentado en el sillón del salón, con un cinturón en la mano y una cerveza en la otra. La recibió con una sonrisa cínica y burlona, como si hubiese estado esperando que lo desobedeciese para poner en práctica lo que deseaba. Los pies de Larisa se quedaron pegados al suelo, pensó que podía haberse marchado, que no tenía que haber entrado en casa, que se merecía lo que iba a pasarle por no haberse marchado antes, por no haberlo dejado, pero... no era tan sencillo, ella sentía que tenía que estar allí, que él era su dueño y podía hacer con ella lo que quisiese, además estaban los niños, la había amenazado tantas veces con hacerles de daño si a ella se le ocurría contar algo de lo que pasaba o escapar, Larisa sabía que si ella hubiese decidido escapar Marco la hubiese encontrado, tenía medios para ello, y ella no iba a permitir que le hiciese daño a sus pequeños, era preferible soportar como ardía su piel con cada golpe de cinturón, como se desgarraban en ocasiones sus músculos con los golpes que él le propinaba, como sentía su cabeza estallar cuando la golpeaba contra el suelo, y en ese momento sabía que cualquiera de las palizas anteriores que ella pudiese recordar no sería nada con la que ahora iba a recibir. Después de tanto tiempo juntos, de tantos golpes, de tantas noches de llantos y dolor había aprendido a ver en su mirada lo que pensaba, y la de hoy era probablemente la más feroz que recordaba.

No pudo ver en el momento en que se abalanzó sobre ella y comenzó a golpearla, su fina ropa se rasgaba por los golpes del cinturón y cuando Marc entendió que incluso la ropa le estorbaba acabó de rasgarla para poder propinarle los golpes directamente sobre la piel desnuda, cada golpe iba

acompañado por un insulto a cada cual mas vejatorio, mas humillante y aunque pareciese increíble, de los ojos de Larisa, no salía una sola lagrima, ni tan siquiera sus labios esbozaban un quejido, seguía rezando en silencio porque alguien pudiese darse cuenta que sus hijos estaban en el coche, hacía calor y en lo único que podía pensar es que estaban solos fuera, sin agua, sin nada... Lo último que escucho antes que sus fuerzas terminasen fue el llanto desesperado de sus niños que la llamaban, y después... silencio, solo oscuridad y silencio y Larisa pensó que por fin Marc lo había conseguido, la había matado.

Dos días después despertó en el hospital, los golpes en la cabeza le habían producido un coágulo que la había tenido en coma, lo primero que pensó al despertar fue en Marco y Ayleen. Sus hijos estaban bien, por suerte, su hermano la había seguido aquel día cuando se marchó de la casa de sus padres, sabía que algo no iba bien, su antes alegre y vivaracha hermana ahora ni tan siquiera era capaz de esbozar una tímida sonrisa, se había culpado esos días por no haberle prestado mas atención, por no haber estado mas pendiente de ella, por haber permitido que Larisa viviese en ese infierno durante dos largos años, pero... ahora no pensaba dejarla sola ni un solo minuto, ese malnacido por fin estaba donde se merecía, suerte había tenido que llegase la policía porque si no, él mismo hubiese acabado con sus propias manos con su vida.

Los llantos de sus sobrinos lo habían alertado cuando se acercó a la casa, le resultó muy extraño que con aquel calor los niños estuviesen en el coche, llamó a la policía y se acercó a ellos, pidió ayuda a una de las vecinas que pasaba por allí para que se quedase los pequeños y entró en la casa. Aquella imagen no se borraría nunca de su retina, su hermana estaba en el suelo, encogida como un animal herido, con las manos se protegía la cabeza, pero lo que mas le impactó fue ver como recibía un golpe tras otro sin decir nada, ni un solo quejido, ni un grito, ni un lamento, ni una lágrima, nada, era como si se resignase a recibir cada uno de ellos. Se abalanzó sobre su cuñado como un loco y estuvo golpeándolo hasta que la policía consiguió separarlo.

A día de hoy, Larisa es feliz con sus pequeños, aún tiene miedo, pues Marc no tardará en salir de la cárcel y lo conoce, sabe que no va a quedarse quieto, pero ha decidido vivir la vida, aprender a disfrutar de nuevo, porque sus hijos que ahora tienen seis años necesitan una madre alegre, una madre feliz, sin miedo, sin maquillajes que cubran sus golpes y morados, fuerte, luchadora.

Cada semana, acude a un centro de mujeres maltratadas y cuenta su historia, no quiere que ninguna mujer pase por el infierno, que ella pasó, intenta con sus "malos recuerdos" convencer a las mujeres para que se atrevan a denunciar, a luchar, a no tener miedo, ella las comprende, sabe lo difícil que es dar el paso, lo "poca cosa" que te hacen sentir y por ello, trabaja día a día, en conseguirlo. Probablemente cuando Marc salga tenga que marcharse lejos, donde él no pueda encontrarla, pero desde donde quiera que esté, seguirá luchando porque nadie repita su historia y sobre todo porque sus hijos la entiendan y con su experiencia hagan al menos por su parte un mundo mejor.